

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 21 de Diciembre de 1899

Núm. 474



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Yo quisiera ser pañuelo
de Manila, para estar
muy ceñidito á su cuerpo.

Las mujeres y los abrigos

¿Han visto ustedes la variedad de abrigos que ostentan las damas este año?
Como todos ¿no?

Sí, como todos, en cuanto al número, porque á las mujeres les gusta ir siempre abrigadas; no es el frío quien echa la capa de pieles sobre sus hombros, es la moda. Si el calendario señala invierno, les importa poco que la temperatura sea primaveral. La cuestión es ponerse de tiros largos y lucir.

Esto no va en s6n de censura. ¿Qué ha de ir, hombre? A mí me gusta verlas muy apañaditas y elegantes, porque no tengo, dicho sea en secreto, otro vicio que el de admirarlas.

Cuanto más guapas sean y más guapamente vestidas, mejor. Añadiré, para completar mi descargo y el patrón respecto de mis gustos, que tengo por herejes á todos los que protestan de la coquetería. La coquetería es tan necesaria é indispensable en el mundo, como el sol, el aire, el pan... y el morri6n de Sagasta. Si suprimís el sol se acaba el mundo, si suprimís la coquetería también: aforismo digno de cualquiera de los siete sabios de Grecia.

Bueno, pues si es verdad que en invierno las mujeres no salen en cuerpo gentil á la calle, y que todos los años vá cada uno según su gusto, de lo cual suele resultar que no hay dos mujeres iguales, ni dos abrigos tampoco, en éste de gracia en que vivimos con la oportuna autorización de Silvela, la variedad alcanza proporciones alarmantes, poco menos que horribles.

Sí, como lo digo, horribles, alarmantes.

Y si no prueba al canto.

¿Se han fijado ustedes en una especie de sacos, ó sobretodos, ó levisacs, ó lo que sean, que han empezado á meternos algunas damas por las narices?

No sé qué nombre les ha puesto el modisto ó la modista, que ha tenido ocurrencia tan peregrina, porque yo no suelo preocuparme de estos pormenores; pero según el sentido común, el abrigo en cuestión es propiamente un saco.

¡Y qué saco, caballeros! Sin gracia, sin soltura, sin líneas, sin dibujo... nada un saco, lo que se llama un saco.

Está bien que los hombres se encierren en aquellas batas de peluquero que, afortunadamente no han hecho fortuna; ó en los levisacs que les dan aspecto de monos graves; ó en gabanes á que se puede aplicar, parodiándolo, aquel verso de Quevedo: «érase un hombre á un gabán pegado», puesto que ya es sabido lo del adagio: el hombre oso es más hermoso, ¿pero la mujer? ¿la última palabra estética de Dios?

Una mujer es bella por la proporción de formas, por la incopiable riqueza de líneas, por la elegancia y profusión de curvas: ¿cuádremla ustedes y veremos que nos queda de la mujer!

Eso, un saco ambulante.

Precisamente, el único acierto de la moda, que es extravagante, y ya saben ustedes que la extravagancia está muy lejos del acierto, ha consistido hasta aquí en obligarlas á recogerse las faldas con ese supremo gusto con que se las recojen, haya barro ó nó.

Empezaría por el barro, como empiezan siempre estos asuntos mujeriles, pero se ha extendido el sistema á todas las capas... sociales.

El inventor de ese íregado debería ser esteta.

En la buena acepción de la palabra ¿estamos?

Debería tener un gusto muy delicado y saber mucho de pliegues y de curvas, porque, nada, no



hay más que fijarse: ¡cuidado si algunas señoras tienen arte, y talento, y coquetería para levantar el vestido!

Pues, como digo, ahora, la moda de este invierno viene á destruir la gracia femenil.

¡Una mujer metida en un saco! ¡Una mujer que puede confundirse, mirándola por detrás, con un hombre! ¿Qué vá á ser, señor, qué vá á ser de la proverbial gallardía española?

Yo he visto esta mañana á una mujer en esa forma rara, intolerable; siempre me había parecido muy guapa, y hoy la he confundido con el sereno de mi barrio.

Tanto es así, que he renunciado voluntariamente á su conquista.

CLAUDIO UGENA

Buen chasco

Cuando yo estaba en mis quince. . .

Popular.

Pues señor: el otro día,
yo que de todo me río,
hallé una fotografía
al desenvolver un lío
y le hice esta poesía:

¡Oh! denodado doncel,
que grabada en un papel
tan delgado como el tul,
muestras tu *flamante piel...*
¡Te voy á poner azul!

A pesar de su color,
veo en tus ojos arder
llamaradas de un amor,
que de fijo debe ser
de los de marca mayor.

¿Pero me quieres decir
á quién has tú de infundir
cariño? ¡Qué *errado* estás!
Con tu cara sólo vas
á hacer al mundo reir.

Qué boca más desigual,
de seguro que *habla* mal.
¿Y la frente ¡por San Gil!
Si se mira de pe fil
es un braguero oriental.

Las orejas, del revés
están puestas, como hay Dios;
son propias de un galgo ing'és,
y aunque sólo tienes dos,
cada una vale por tres.

Tu nariz es un desliz
del pincel, que huye *fugaz...*
Francamente, esta nariz,
es un cacho de maíz
cortado casi en *agraz*.

¿Qué si he concluído? Nó.
En aquel momento entró
mi abuela, y ¡qué desengaño!
¡Aquel joven era yo
cuando tenía veintiún año!

LUIS E. Y L. DE HARO



Luciendo el garbo.

Me has hecho daño



Hacia, efectivamente, una semana que vagaban por Murcia buscando á Jorge Levia, su prima Elena, su amigo Claudio López y Antonia Bellido. Si vale decir verdad, y en estas cosas vale, porque yo no pongo ni quito, y si algo pongo es traslado fiel de emociones experimentadas, la viuda de Zemprana no tenia maldito el interés de tropezarse con su antiguo amante. Amor olvidado no lo era, pero si amor dormido. Desde la última entrevista en que, si no le echó á puntapiés de su casa, le echó con esta voz formidable que salia iracunda de su conciencia: «¡asesino! ¡asesino!»: desde la última entrevista, no habia vuelto á levantarse en su corazón ni en su memoria, la figura derrocada del único sér á quien habia erigido (amasándolo con el barro de la ilusión) pedestal su espíritu. Ahora habia ido á Murcia para negocios de su hacienda; este viaje arrastró á Elena, por saber que encontraría á su primo en la capital huertana, y Claudio López, el viejo (poco menos que

viejo era, pero en la milicia viejo desde luego) capitán de húsares, promovido recientemente á comandante, se resignó á acompañarles por la muy plausible razón de que, si bien él no se consideraba hombre expedito, culto, ni hábil para cualquier maniobra que se apartara de su oficio de soldado, tenia conciencia de sus actos, no obstante, y como se ha dicho en otro lugar (1), podía tomársele como tipo de la caballería andante de nuestros tiempos en puntos tan delicados y tan sutiles como los del honor.

Cuando indiscretamente (por una indiscreción nacida de su inexperiencia y de su falta de trato y de don de gentes) descubrió á Elena, sin pretenderlo, el estrecho consorcio que, antes de hallarse la linda joven en Valdehumbroso, existia entre su primo Levia y la señora de Zemprana, Claudio López echó por su boca muchas «¡armas al hombro!» y estuvo días y noches meditando en la manera de coser aquel descosido. Las quisquillas de dignidad, que para él eran reglas inalterables, no le permitieron ver compostura alguna: «¡hay que arrostrarlo todo; hay que dar el frente, á pesar de la superioridad del enemigo, ¡armas al hombro!»», murmuró, y de ahí que decidiera plantarse en la capital acompañando á sus amigas, no porque fiase en sus recursos diplomáticos, sino decidido á arrostrar las consecuencias de su estupidez. Sí, de su estupidez. Así lo decia él mismo, porque es claro, que sin aquella frase que se le escapó, no sabia cómo, pero que se le escapó, en fin, «¿sabe Antonia que está Jorge allí?» Elena no habria descubierto, por entonces á lo menos, la intimidad del pariente, que pretendia para sí, con la amiga que jamás le habia descubierto inclinación alguna hablando de él. De los amores de Jorge con la señora Bellido, tan íntimos, tan dulces, tan poéticos, tan sin igual en la tierra; del duelo entre el esposo de la dama y Carrascosa; del dramático desenlace, no se habia hecho comidilla en la ciudad. El drama fué por dentro; no salió á la superficie. Carrascosa mismo, que emigró al extranjero temeroso, y que se hallaba ya de vuelta en su país, maldito si sabia palabra de lo ocurrido. Insultó torpemente, mató por incomprensible afinación de punteria (y digo incomprensible porque, como se sabe, Carrascosa no era diestro en el manejo de las armas), y al hallarse de nuevo entre los suyos no habló palabra de las causas que le hicieron visitar tierras extrañas. En cuanto al muerto claro está que no podia revelar el hallazgo hecho durante la crisis angustiosa que precipitó su agonía. Los únicos testigos eran la propia viuda, el amante, y á medias, por adivinación, y nó por otra cosa, el médico Ñiguez y Claudio López. Por Ñiguez llegó á oídos de la madre de María Ana la historia, y por Claudio López al entendimiento de Elena, quien, como al comenzar queda consignado, transigia en el pleito de herencia sostenido contra su primo pensando poner remate á las osadías de los leguleyos con un enlace feliz que colmase sus aspiraciones y vinculara en una nueva familia los derechos de dos ramas rebeldes.

El descubrimiento que hizo Elena por las indiscretas y torpes palabras del milite la tuvo en continua cavilación durante algunos días; al pronto se irritó; más tarde pudo sujetar sus nervios, y por fin, ya tranquila, decidió salir de dudas, sobre el terreno, poniendo frente

(1) La de Zemprana.

á frente á la viuda y á su primo, convencida de que ni ella ni Claudio López habian de revelar lo ocurrido por muchos esfuerzos que hiciera, y así desplegase todos los recursos de que puede valerse la astucia y la sagacidad, siempre finisimas, de la mujer.

Al oír Jorge Levia de labios de su amigo que le buscaban aquellas dos damas, sintió verdadero temor; no porque le importase mucho lo que pensara ó hiciera su prima, á quien de antemano estaba decidido á entregar toda suerte de derechos (y los hubiera entregado sin la intervención de Claudio López, como se explicó en los comienzos de esta verídica narración), ni lo que quisiera exigir, evocando tiempos muertos ya, la viuda de Zemprana, sino porque amaba á Maria Ana con todos los entusiasmos de su espíritu, porque la quería como cuando se experimenta el amor único que pasa por nosotros poblando de sueños nuestra imaginación, derramando alegrías sobre nuestro sér.

Repuesto un poco del susto, agitado, conmovido, preguntó á Claudio López:

—Bueno... ¿y dónde me esperan?

—Hombre, ahora están en la hacienda de Antonia; allí nos hemos acomodado, porque la viuda no ha querido permiti tir que fuéramos tu prima y yo á fonda alguna. De modo que te vienes conmigo y...

—Nó, ahora imposible — interrumpió Jorge.

—¿Imposible? Tú eres el hombre de los imposibles — observó Claudio, recordando aquella escena en que le costó una batalla conseguir que Levia apadrinase á Zemprana, su amigo íntimo, contra los agravios é insultos de Carrascosa.

—Mira, Claudio, tú no sabes... hay cosas en la vida...

—¡Otro discurso!

—Si, ya sé que á ti no te convencen más que las voces de mando, ejecutivas... Bueno; pues espérame á las seis de la tarde en el café Suizo. Antes, te lo repito, ni yo puedo acompañarte, ni tú puedes acompañarme á mí.

Volvió Jorge grupas, dejando plantado en mitad del arroyo á su camarada, é impensadamente, sin deliberado propósito, puede decirse así, fué corriendo calles y más calles, de uno á otro extremo de la ciudad. Nunca, ni en sus crisis más agudas, se había sentido tan nervioso, tan descompuesto; hablaba á voces, sin parar mientes en los transeuntes... gesticulaba: andaba describiendo líneas irregulares, lo cual en aquellas vías estrechas y angostas ayudaba á darle trazas de borracho; por suerte para él, sólo de cuando en cuando transitaban por allí algunos hombres y mujeres; gentes humildes las más: la ciudad continuaba dormida, ofreciendo aquel inco-piable espectáculo de reposo... de sopor.

Andando á la ventura, no tardó en verse fuera, camino de la campiña dilatada, abierta á la luz y á los horizontes espléndidos; pero tampoco aquella transparencia del cielo, aquel aire tibio y perfumado del ambiente, aquella alegría de la Naturaleza le tranquilizaron. El campo estaba en plena orgía, y le hizo daño la lujuria de la tierra inflamada por el beso ardiente del sol. Lo único que le ocurrió al respirar en tales anchuras fué que abrió los brazos, levantando los hombros, como si le aplicaran un dedo en la nuca; al mismo tiempo, la corriente sensible pasó por todo su sér produciéndole escalofríos y haciendo temblar aquel cuerpo, ni más ni menos que si se hallase en un clima helado por la nieve. Estaba inquieto, azorado. Volvió á meterse en la ciudad, decidido ahora á correr cerca de Maria Ana. Pareciale que sólo junto á ella podían tener sosiego aquel transtorno, y calma aquella rara inquietud.



Por si se pesca algo.



Un rincón apacible.

Parecía más: que se le había aumentado de súbito el cariño, á la linda muchacha. La amaba ya locamente, acaso porque querían arrebatársela, llevándoselo á él. «¡La pobre niña! ¡La pobre mora! ¡Qué haría la reina soberana de todos los mundos si se le malograba aquella ilusión tan dulce de su vida, aquel ensueño tan hermoso de su juventud!» Y como si se hallara en su presencia, levantó la voz, diciéndole:

—No temas: tu Jorge es tu Jorge, y esto no hay quien tenga poder de deshacerlo; es para ti, y esto nadie osará impedirlo.

Lo que ciertamente sentía, por un fenómeno especial, era un enternecimiento tan vivo que daba en quejumbroso y sensible.

Por desgracia, María Ana le dijo al verle:

—No hagas ruido; mamá descansa; entra aquí, en mi habitación.

¡En su habitación! Jorge pasó cerrando los ojos; el cuarto era sencillo; pero limpio, tan limpio que brillaba y resplandecía, alegre como un nidito de pájaros; un sofá y varias sillas de caoba, con asiento de paja; una mesillita de nogal, para trabajo, constituían todo el mueblaje. En las paredes algunos retratos de familia, los más retratos de mujer; en el balcón cortinas blancas, bordadas, y un portier de sarga en las puertas de otro gabinete, que estaba entornado, y que era donde dormía la joven.

María Ana se sentó en una silla baja e invitó á su amigo á que se acomodase en el sofá, al lado, cerquita de ella. Con un movimiento de deliciosa coquetería le entregó la frente para que se la besara, y el otro, como se hallaba más alto, pudo rodear fácilmente con sus brazos la cintura. Besóle nó en la frente, sinó en los ojos, y rompió en seguida aquel estrecho cerco que ponía la ternura al pudor.

—¡Pobrecilla mía!—exclamó él con sentida y cariñosa expresión de afecto.—He venido... ¿sabes á lo que he venido?

—¡Si lo sé! Claro, á verme, á repetirme que me amas. ¿No te pasa á ti que, cuando te apartas de mi lado, al punto sientes impulsos de volver, y parece que te tiran, que te tiran, vayas para donde vayas, desde un punto solo? ¿Puedes estar tú acaso en dónde yo no estoy?

Jorge la miraba embelesado; sentía un consuelo muy dulce, muy dulce, oyéndole todas aquellas tonterías, cuyo mayor encanto consistía en la naturalidad con que ella las pronunciaba.

—¡Habla! ¡habla!



Evas inocentes.

LA SAETA

—Pues verás, yo luego que te fuistes, me pareció que me quedaba sola. ¿Has visto tú cosa más rara? Era así como si yo me marchase también, quedándome al mismo tiempo. No te rías de mis disparates ¿eh? Yo no he sido criada á lo grande, ni soy tampoco señora...

—Señora, princesa, reina, emperatriz: señora de las señoras más altas que hay en todo el mundo y fuera del mundo, porque no existe en la creación otro sér tan puro, tan bueno, tan inocente y candoroso como tú. Yo he de pasearte con orgullo por la tierra á la faz de los hombres y de los astros, para que me envidien la dicha de poseer tan rico tesoro como tengo en ti.

—¿Ves? tú también dices bobadas, pero las dices de un modo... así, tan bien dichas, que me parecen muy bellas; son como una música que juega en los oídos y nos seduce el alma ¿verdad? ¡Oh, cuánto te amo, Jorge mío!

Y con tierno y seductor abandono, sin darse cuenta de lo que hacia, inclinó un poco el cuerpo y dejó caer la mona cabecita en el pecho de Levia; el amante no contestó palabra; pasó por su cerebro una ola de sangre alborotada y revuelta; turbóle la vista; todos los glóbulos rojos se incendiaron; sintió la carne la irritación morbosa, y era como si le aplicaran un hierro candente; levantaron los brazos en vilo á la doncella y la acomodaron sobre las rodillas del galán; después se apretaron con fuerza espantable al rededor del busto gallardísimo. Jorge murmuró:

—¡Mora mía!

Quedó ella sin hablar casi, respirando fatigosamente, mirando con ojos húmedos á su amante, temblando de pasión. Y Jorge no aproximó siquiera sus labios á la cara de la pobre niña, de quien pudiera decirse en este caso, y sin temor á dudas, que era comparable á un pajarillo encantado, atraído por las artes de la serpiente traidora. Jorge no la besó, puedo jurarlo; la apartó delicadamente de sí, la sentó en el sofá, porque Maria Ana no tenía fuerzas con qué defenderse y exclamó, pasándose una mano por los ojos:

—Nó, nó.

Maria Ana, repuesta de aquella emoción, dijo:

—Me has hecho daño; no sé, he sentido así como si crugieran todos mis huesos, y después ¡un mareo, un mareo!... Me has hecho daño, Jorge; pero un daño muy dulce; esto es un disparate ¿verdad? El amor debe ser eso ¿verdad? Cuando se ama como tú amas, como yo amo, se mata ¿verdad?

Tampoco contestó palabra esta vez Jorge; se levantó, fué retirándose, retirándose como si huyera de un abismo, con cara de susto y sobresalto; desde la puerta se llevó la mano á la diestra y envió á aquella virgen adorable un beso con la punta de los dedos. Maria Ana, que había visto la maniobra sobrecogida, sin ánimos ni entendimiento para explicársela, tendió en aquel punto los brazos, suplicante, apasionada y temerosa á la vez...

* * *

Y lo más raro fué que le dejó ir; que permaneció en aquella actitud de estatua tan largo tiempo, que cuando recobró el imperio de su voluntad y tuvo ánimos para revolverse, ya no quedaba de Jorge en la estancia más que el recuerdo de su presencia. Sintió entonces una sensación extraña; una congoja que le apretaba en la garganta y le humedecía los ojos. Salió á la calle precipitadamente; ya no se le veía allí; corrió á la sala donde seguía su madre, inmóvil, inútil, dormitando los últimos años de su existencia, y sin más animación que la que derramaban por el busto helado las pupilas inteligentes. La vieja al ver entrar á su hija murmuró:

—¡Ese hombre!

Y Maria Ana la abrazó rompiendo en sollozos.

J. F. LUJAN





El primer amor

Suspirar. languidecer
sin encontrar nunca calma;
sentir agitada el alma
por misterioso poder;
dormir mal y en sueños ver
una visión vaporosa;
el perfume de una rosa
aspirar con hondo anhelo,
y andar con la vista al suelo
y la mirada ojerosa;

huír de las compañías
y anhelar la soledad;
desairar á la amistad
y eternos juzgar los días;
idear cien poesías
de terneza y de candor;
recitarlas con ardor
dando vida al pensamiento
y hallar á cada momento
nueva causa de dolor;

víctim de distracciones
no dar nunca pie con bola;
huír de la batahola
y evitar las tentaciones;
sentir en todo emociones;
aspirar á un porvenir;
hablar poco; sonreír
no más que por compromiso,
y tan sólo lo preciso
comer para no morir;

aprenderse de memoria
el lenguaje de las flores;
soñar con los trovadores
de que nos habla la Historia;
de esta vida transitoria
deplorar la lentitud;
ensalzar una virtud
que nunca virtud ha sido,
y ser un vivo surgido
del fondo de un ataúd;

colocado en una esquina
sufrir diez mil desazones,
tropiezos y pisotones
de gente que se amotina;
la aviesa intención dañina
aguantar de algún sujeto,
que sin pizca de respeto
se mofa de tal tristeza
y nos llena la cabeza
de pullas contra su objeto:
esto es lo que al hombre inflama
y con necio poderío
causa, á más de desvarío
torpeza en el que bien ama.
¡Feliz sér á quien la llama
de ese fuego abrasador
no le ha infundido calor
en su tranquila existencia,
porque es muy fatal demencia
la demencia del amor!

ENRIQUE FRANCO



Ninfas pastoriles.



La gallina ciega.

La dentadura postiza

Manuel Tabaquera era un punto filipino; y no vayan ustedes á figurarse que lo de punto filipino se dice porque se pasara de listo, sinó por la sencilla razón de haberle echado su mamá á este mundo, en la capital del archipiélago magallánico.

Manolé, como le llamaban sus íntimos de ambos sexos, además de ser pequeño de estatura, era más feo que un dolor de estómago y con una cara de color canela tan subido, que más que cara, parecía una libra de chocolate de cinco reales.. con regalo.

A pesar de estos defectos, que según su mamá no se le notaban, las *babáes* (mujeres del país) y *castilas* del sexo femenino, estaban poco menos que en competencia para lograr el cariño de Tabaquera, aunque en realidad lo que se disputaban, eran los gajes de su cuantiosa fortuna.

Cuando lucía su *cuerpecito* en el paseo de La Luneta, todas las mujeres solteras, viudas y hasta casadas, le lanzaban miradas incendiarias, acompañadas de un balanceo de caderas que era pura gloria.

¡Oh poder del dinero! ¡Tú no eres Dios, pero debes ser el sub-secretario de cualquier divinidad olímpica!

Lo primero que se le ocurre á cualquiera, es que dado el capital de este individuo y el partido que tenía con las mujeres, las aventuras amorosas, irían como quien dice á porrillo.

Pues nó; Manuel Tabaquera despreciaba á las mujeres, y su única ilusión en este valle de lágrimas, consistía montar sobre *Nerón*, hermoso caballo de raza inglesa, y en gastarse todas las tardes diez céntimos para mascar mojama.

El desprecio que le causaban las hijas de Eva tenía una explicación justificada.

Contaría nuestro héroe 23 años, cuando conoció á Guadalupe, una preciosa andaluza con más gancho que un traperero, y que había recorrido casi todos los teatros de la península figurando en una compañía del género *chico*, como tiple ligera... de ropas, para lo que era una especialidad.

Gracias á esto, consiguió una contrata para el teatro de El Príncipe de Manila.

Allí la conoció Manolé y de tal modo llegó á chiflarse el pobrete, que ni de la mojama se acordaba ya.

Pero como todo tiene un final en este pícaro mundo, Tabaquera se encontró una tarde con un amigo que le dijo:

—Adiós, hombre. ¿Qué tal te va con Guadalupe?

—¡Oh, chico! ¡La gran mujer! ¡Qué encantos! ¡Qué...!

—Pero sobre todo,—le interrumpió el amigo,—la castaña que te está dando ¿no es eso?

—Hombre,—dijo Manolé poniéndose *achocolatado*,—habla más bajo y no seas inmoral.

—Lo que quiero decirte, es que Guadalupe te la pega con un capitán de navío y...

—¡Cantimploras! ¡Me *chincho* en la muy... indecente!

Y añadió casi llorando de rabia:

—Eso no puede ser, tú estás equivocado; ¡envidias, puras envidias!

Por desgracia era cierto, y en vista de ello, resolvió cortar por lo sano, no volviendo más á casa de su amante.

Cuando aquella supo la determinación del joven, le llamó para decirle:

—Mira, *changuito*, tres pitillos se me importa que hayamos terminado; pero ten muy presente que si algún día tienes un *lio* ó piensas en casarte, voy, te estropeo la boda y te quito las muelas.

Tabaquera, no hizo caso de las amenazas de la tiple.

—Cosas de comedia, —decía á sus amigos.

Han pasado seis meses, como dicen los autores de las novelas por entregas.

Manuel Tabaquera, fiel á su palabra, no ha vuelto á poner los pies en casa de Guadalupe.

Durante este lapso de tiempo, ha estado viajando por el extranjero.

En Nanking, punto de la China donde pasó dos meses, conoció á una muchacha con una cara como las propias rosas de Mayo.

El corazón de Manolé latió aceleradamente, y después de mucho pensarlo y de consultas van y consultas vienen, decidió unirse á la bella Mamerta Bombardino, nombre de la joven en cuestión.

Con motivo de presentar la novia á los amigos y fijar el día de la boda, verificóse en casa del futuro una gran fiesta, que terminó con abundante y bien codimentada ración de *morisqueta*, que los invitados comieron en cuclillas alrededor de un *carajay*, nombre que dan en Filipinas á las sartenes de gran tamaño.

La calle en donde se halla la parroquia de Santa Cruz estaba intransitable, tal era la afluencia de coches que allí había.

Sólo faltaban quince minutos para dar principio al santo sacramento del matrimonio, cuando llegó el novio acompañado del padrino, y luciendo un lujoso y antiguo frac, que al decir de algunos, era una legítima memoria de su abuelo.

Ya iban á penetrar en el templo, cuando apareció Guadalupe.

Verla Tabaquera, y ponerse pálido como un difunto, fué cuestión de un momento.

—Aquí va á pasar algo,—dijeron todos.

—¿A dónde vas tan guapetón?— Preguntó la tiple del género *chico*.



—¿Y á usted qué le importa?— Respondió aquél, con una voz en la que se traslucía el miedo que sentía.

—Señores,— dijo Guadalupe dirigiéndose á los convidados,—este caballero no puede casarse con ninguna mujer, porque está comprometido conmigo. Hace tiempo que hice un juramento y vengo á cumplirlo.

Manolé se llevó instintivamente la mano á la cara, pero Guadalupe, rápida como el rayo, se arrojó sobre su antiguo amante, al que aplicó una tremenda bofetada.

El pobre joven hizo un gesto horroroso, y sa-

lieron de su boca, cual disparadas por la acción de una pila eléctrica, todos los dientes y muelas que contenía.

La cómica lanzó una sonora carcajada, y dijo: —¡Tiene gracia! Yo venía á quitarte las muelas, pero este grandísimo *arrastráo* las lleva falsificadas.

Y al decir esto, enseñaba á los asustados espectadores de aquella escena, la magnífica dentadura postiza, con que ha tiempo se envanecía Manuel Tabaquera.

ENRIQUE ASENSI



Mientras haya en esta vida
mujeres tan retrecheras,
no habrá un hombre que se acuerde
de que en este mundo hay penas.



— Lo que es ese, cae.

Durante la época en que la exportación de vinos se encontraba en todo su apogeo, el taller de tonelería del rico comerciante don Juan L... resultaba escaso para contener el gran número de operarios que trabajaban en el mismo, empleados unos en la construcción de pipería nueva, y ocupados otros en reparar las averías de los cascos usados.

Era tanto el interés que se tomaba el encargado de este taller, que se llamaba Francisco, fin de que el trabajo resultase confeccionado con la mayor perfección y economía posibles, que más que encargado parecía su propio dueño.

Atento al escuchar las observaciones que respecto al material le dirigían alguna que otra vez sus subordinados, amable al desvanecer las dudas que éstos pudieran consultarle, razonable en cuantas cuestiones surgían en el taller, era Francisco querido de todos: del comerciante, por el beneficio que su dirección reportaba á los negocios; de los trabajadores, por su miramiento en que no resultaran perjudicados en lo más mínimo sus intereses, así morales como materiales.

Entre estos obreros se encontraba uno llamado Luis, joven que hacía pocos meses trabajaba con carácter de oficial. Se había enamorado perdidamente de la linda y graciosa Matilde, hija de Francisco, á la que veía todas las mañanas cuando aquélla llevaba el almuerzo para su padre.

No parecía del todo indiferente á la muchacha el apasionado joven, y más de una vez, al encontrarse sus miradas, bajaba la vista ruborizada, después de haber dado á comprender el inmenso tesoro de amor que encerraba su alma.

Además, aun cuando sonreía y contestaba á cuantas flores y requiebros le dirigían todos los toneleros al pisar su diminuto pie los umbrales del taller, atendía de un modo tan particular á los que salían de los labios de Luis, que hubiera sido necesario estar ciego para no reconocer la amante correspondencia que sostenían los tiernos corazones de ambos jóvenes.

Así lo comprendió Francisco, y el día en que Luis, cansado de amar en secreto, le reveló su pasión, no tuvo inconveniente en ofrecerle la mano de su hija para el día en que el joven estuviese completamente libre del servicio militar, sin perjuicio de que, mientras tanto, pudiese hablar y visitar á Matilde, con el objeto de cerciorarse de qué sus respectivos genios estaban tan en armonía como parecían estarlo sus corazones.

Transcurrieron algunas semanas. Matilde cada día más enamorada de Luis; éste, deseando llegase pronto el día en que pudiera llamarla su esposa.

II

Súpose un día que el comerciante don Juan L..., á consecuencia de su avanzada edad, se retiraba de los negocios, dejando encargado de continuarlos, aunque bajo su mismo nombre, á su hijo Rodolfo, recién llegado de uno de esos colegios que tanto abundan en el extranjero, en donde, si bien se enseña cuanto puede convenir á un buen comerciante, se deja bastante descuidada la educación moral, tan necesaria en jóvenes que, lejos de la vista de sus padres, poseen un capital demasiado crecido para derrocharlo en la satisfacción de sus más pequeños caprichos.

Don Juan, antes de retirarse, llamó á su despacho al encargado Francisco para presentarle al que dentro de poco debía considerar como su principal, y al propio tiempo, para recomendarlo á su hijo como uno de los mejores servidores de la casa.

Cruzáronse entre Rodolfo y Francisco los saludos de rúbrica y se hicieron votos por el engrandecimiento, ó conservación al menos, del crédito que hasta aquella fecha había gozado la casa del comerciante don Juan L...

Puesto, pues, al frente de los negocios el joven Rodolfo, continuaba en gran escala la exportación de vinos á los mercados consumidores, tanto del extranjero como de las Antillas, pero al practicarse los balances mensuales, no respondían las cifras del *haber*, ni con mucho, á los realizados mientras su padre estuvo administrando el comercio.

Y era que Rodolfo, acostumbrado á vivir con relativa opulencia, al verse delante los inmensos caudales acumulados por su padre, en vez de poner freno á sus vicios para conservar aquéllos, cada día extraía de la caja grandes cantidades, que gastaba alegremente entre amigos y prostitutas.

De nada sirvieron las amenazas de su padre, que prometió desheredarle si proseguía por el camino emprendido; de nada ciertas enfermedades que le tuvieron postrado en cama durante semanas enteras; Rodolfo, terco en su vida desenfadada, raras eran las noches que dormía en su casa, la mayoría de las cuales pasaba en incabable bacanal.

Cierta mañana, después de una de esas noches de orgía, encontrábase medio borracho en el taller de pipería, encargando varios envases á Francisco, cuando entró, como de costumbre, la hija de éste llevándole el almuerzo.

Al verla Rodolfo, le dirigió una de esas miradas estúpidas propias sólo de hombres libertinos y desvergonzados, seguida de una porción de palabras groseras que repugnan á los oídos de toda persona honrada, y al ver que no le hacía el menor caso, tuvo el atrevimiento de tocar con sus dedos el sonrosado rostro de Matilde, que recelosa buscó amparo en los brazos de su padre.

Luis, que estaba labrando una pieza de roble y no había perdido ninguna de las palabras ni movimientos de su principal, al ver la libertad que éste se había tomado con su novia, dejó el sitio en donde trabajaba, y empuñando airado la herramienta con que labraba el roble, la hubiera dejado caer sobre la cabeza del atrevido, á no ser por el pronto auxilio de varios de sus compañeros, que le detuvieron antes de que llegase á realizar su pensamiento.

Pero la rapidez con que se desarrolló la escena, no impidió que Rodolfo notara la actitud amenazadora que había tomado Luis, y dirigiéndose á Francisco, le mandó que echara fuera de su casa inmediatamente al atrevido mancebo.

Bajó la cabeza Francisco, y al ir á comunicar á su futuro yerno la orden de Rodolfo, se encontró con que todos los demás toneleros habían abandonado sus puestos y se hacían solidarios de la suerte que corriera el desgraciado Luis, que al lado de Matilde y ya más sosegado, procuraba hacerles comprender que, siendo el conflicto puramente personal, le dejasen solo en su infortunio.

No pudo convencerles de que volviesen á tra-



Le broma.

LA SAETA

bajar sin su compañía, y Francisco, con lágrimas en los ojos al ver el desprendimiento de aquellos honrados obreros, después de darles las más expresivas gracias, corrió al despacho de Rodolfo, á donde éste se había ya marchado, para darle cuenta del conflicto que surgía si se acataba su última resolución.

Rodolfo, descompuesto el semblante, dió un fuerte puñetazo sobre el pupitre, y sin dejar que acabase de hablar Francisco, dijo que antes cerraría su casa de comercio, que permitir que Luis volviese á trabajar en sus talleres.

— Y además, — añadió, — puesto que usted es el padre de esa niña, debo decirle que me ha flechado en lo más íntimo del corazón, y como por la desigualdad de posiciones no me es lícito hacerla mi esposa, espero que por su bien y el mío, permita usted que la cuente en adelante entre el número de mis queridas.

A no comprender Francisco el estado deplorable en que se encontraba Rodolfo, á consecuencia de los licores apurados durante la noche anterior, algo caro habría costado á éste su atrevimiento; así es que, tomándolo con calma, fingió no haber oído las últimas frases, y se concretó á demostrar los perjuicios que podrían sobrevenir si se declaraba una huelga en sus talleres.

Pero firme Rodolfo en su primera determinación, no quiso escuchar los consejos de Francisco, y vuelto éste al taller, que estaban á punto de abandonar los operarios, lo cerró y fué otra vez al despacho para entregar las llaves á Rodolfo.

Pero cual no fué su sorpresa cuando al traspasar la puerta del escritorio se encontró delante del anciano don Juan, quien enterado de lo sucedido y viendo que la conducta de su hijo le arruinaría completamente, acababa de arrojar á éste del despacho y se encargaba nuevamente de la dirección de su casa de comercio.

Loco de contento Francisco, voló más que corrió, á su casa para dar tan grata noticia á su hija y á Luis, y por la tarde, avisados oportunamente, volvieron á ocupar sus puéstos en el taller los operarios que lo habían abandonado por la mañana.

III

Un año más tarde se realizó el matrimonio de Luis y Matilde, al que fueron invitados los toneleros que tan bien habían sabido comprender sus deberes de compañerismo.

En cuanto á Rodolfo, embarcado para uno de los puertos de América, murió en medio de la mayor miseria en el hospital de la Habana, después de haber gastado entre lupanares y borracheras la no escasa fortuna que, al salir de España, le había entregado su padre.

CARLOS URANO LEBEJA



Embajada al sultán.

Un ladrón

Frio, mucho frio. Ha cesado la nevada y el viento norte penetra hasta los huesos entumeciéndoles. Sobre la blanca y espesa alfombra se destacan los edificios más sombríos que nunca.

De uno de los destartalados caserones del miserable barrio sale un hombre. Viste blusa azul, y va tambaleándose como borracho. Sin embargo, el vino no ha visitado su cuerpo hace muchos días, porque escasea, ó mejor dicho, es nulo el trabajo y todo es poco para el pan.

—¡Qué día, Dios mio, qué día! — murmura aquel pobre apretando nerviosamente los puños. — No saben esos angelitos lo que me hacen sufrir; no saben que yo paso un infierno cada vez que piden pan y no hay... Me han vuelto loco, completamente loco... Ya no se donde tienen la cabeza... Hoy han pedido como unos energúmenos, á coro; exasperándome más con sus gritos desgarradores... ¡Angeles míos!

El pobre aquél corria como demente; iba al barrio extremo; al ensanche aquel donde viven los señores que tienen dinero.

Allí vivia don Martín, y le debía unas pesetas: ocho ó diez; las que quisiera darle por unas chapucillas que habia hecho en la casa días antes, y que no habia podido cobrar por estar el amo fuera.

¿A él, á un pobretón que no tenia donde caerse muerto, le debian dinero cuando sus hijos estaban á pique de morirse de hambre? Nó, aquello no debía ser, porque era injusto...

Y marchando de prisa, sin sentir apenas el penetrante frio, llegó al punto de su destino, jadeante, sin aliento; sintiendo los latidos de las sienas como golpeteo despiadado.

Le abrió la puerta un criado vestido de negro, casi de etiqueta, y al encontrarse dentro llegaron á sus oídos alegres voces y carcajadas de regocijo.

Estaban de fiesta; llegaba á muy mala hora; el señor no estaba ahora para recados; porque era su cumpleaños y tenia que atender á los innumerables amigos que se quedaban á cenar.

Esto le dijeron, y el pobre hombre volvió á suplicar, que le avisasen al señor de que estaba él allí, porque realmente lo necesitaba y su necesidad no tenia espera.

Por complacerle, así lo hizo el criado; pero los ricos no saben el alcance de una necesidad perentoria, y don Martín, ignorando, tal vez, que con su negativa dejaba ayunar á unos ángeles y causaba la desesperación de un hombre, dijo:

—¡Jesús que impertinente! Dile que vuelva mañana y se le pagará con creces.

El pobre hombre recibió la noticia como quien recibe un jarro de agua fria. Hubiera insistido más, pero el criado se cuidó bien de despedirle.

De nuevo en la calle, emprendió el camino maquinalmente hacia su casa con las manos metidas en los bolsillos, cabizbajo y meditabundo, como el que acaba de escuchar su sentencia de muerte.

Y caminó sin acordarse de



Burlándose del frío.

LA SAETA

nada anonadado, como si de su corazón hubieran arrancado la vida, y de su cabeza la facultad de pensar.

Ya cerca de su casa, se detuvo instintivamente delante de una panadería.

En aquel escaparate había pan, y al fijar su mirada estúpida en el alimento codiciado, latió su corazón desordenadamente, y por sus ojos, brillantes de ira, pasaron visiones para él horribles: manos pequeñas y escuálidas que se alzaban con ademán desesperado y voces delgaditas y dulces que pedían pan.

Recordó la desesperación de sus pequeñuelos al salir, y se figuró el horrible griterio que oiría al llegar á su casa.

Y no vió más; espesa nube cegó los ojos de aquel hombre. Dió un puñetazo tremendo en los cristales que cayeron en pequeños pedazos, y metió por aquel boquete su ensangrentada mano, cogiendo un pan.

El panadero estuvo bien listo, y cuando el ladrón quiso echar á correr notó que le sujetaban fuertemente por la blusa. Se revolvió como una fiera y dió tal empujón al que le retenía, que éste fué á romperse la cabeza contra la pared.

La gente se había reunido. Era gente pobre como él, y aquella gente le perdió, deteniéndole y entregándole á los guardias.

Era un picaro ladrón que había robado un pan y había querido matar al panadero.

Al ser conducido á la cárcel, atado codo con codo, borracho de ira y de pena pasó por la casa de don Martín, y á los oídos del miserable llegaron, perdidas, armoniosas y juguetonas notas de un vals de Werber.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Cañitas

I

Eres como las semillas
que en sus giros lleva el viento;
que según á donde caen
son sus frutos de provecho...

II

No juegues con mi cariño,
que yo no te quiero mal.
¡Mira que dicen tus ojos
lo que tienes que callar!

III

Si te pide tu consejo
el que se quiere casar,
lo mejor es que te calles
por no perder su amistad.

J. ENRIQUE DOTRES



— Dile que le esperaré cenando, y que traiga mucho apetito, porque necesitará muchas fuerzas para resistirme.

MISCELANEA

En el **NÚMERO EXTRAORDINARIO** que tenemos en preparación figuran firmas como las de Galdós, Narciso Oller, Roberto Robert y otros notables escritores que oportunamente citaremos. El texto será, sin duda, del agrado de nuestros lectores, por lo escogido y ameno. Queremos poner desde primeros de año nuestra publicación á la altura que merece el creciente favor que nos dispensa el público.

— Van á hacer buena pareja
Rosa Cruz y Pepe Autero,
— ¡Yá! El ha perdido el juicio,
y ella no lo tiene entero...

Caminaban dos andaluces desde Arjona á Arjonilla, contándose mutuamente las hazañas y valentías que habían hecho durante su vida, cuando el que más hazañas se había apropiado divisó que se dirigía hacia ellos un toro, con intenciones nada pacíficas. Al conocer el riesgo que corría, se escondió tras de su compañero, diciéndole:

— Compare, prepárese osté, que aquer bicho retinto nos quiere dar una pesaumbre.

Entonces el interpelado se volvió hacia él, y le dijo:

— Parece que te escondes tras de mí: ¿qué se ha hecho de ese gran corazón? ¿Tienes jindama?

— ¡Miedo yo, cuando le estoy guardando á osté las espaldas!

CHARADAS

I

Un *dos doble* con acento
le he regalado á mi hermana
para que pase contenta
con sus amigas, las pascuas.
Yo voy siempre á *prima tres*
de las cositas baratas.
El *dos doble* que he citado
casi me fué regalado
y tiene *Todo* de cera!
y tiene unas manos blancas...
¡Que he de jurar por la Virgen
que entran ganas de besarlas...!
os juro que es el juguete
una verdadera ganga.

MORENO.

II

2.^a 1.^a 3.^a Villa de Segovia.
1.^a 2.^a 3.^a Id. de Zaragoza.

V. ARCE Y M. PÉREZ.

Triángulos combinados

*	* * * * *
. *	*
. . *	*
. . . *	*
. . . . *	*
* * * * *	*

Substituidos puntos y estrellas por letras, ha de leerse horizontal y verticalmente: En el triángulo de la izquierda: cifra romana, naipe, nom-

bre de mujer, rey de Israel, ave acuática y nombre de mujer. Y en el de la derecha: nombre de varón, signo del Zodíaco, nombre de mujer, combustible, pronombre latino y punto cardinal.

V. ARCE Y M. PÉREZ.

Sobre logográfico

4528297 6534792
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0
0. 8.
15892 124534082
(8 9 0 1 5 9 2)
0382990.

CANDILEJA.

Charadas rápidas

- 1.^a Consonante; 2.^a, ídem; 3.^a 3.^a, comedia. *Todo.* — Parte del cuerpo.
- 1.^a Negación; 2.^a, afirmación; 3.^a, negación. *Todo.* — Punto de recreo.
- 1.^a Vocal; 2.^a, pronombre; 3.^a, nota. *Todo.* — Flor.
- 1.^a Consonante; 2.^a, ídem; 3.^a, pronombre, 4.^a, vocal. *Todo.* — Pájaro.
- 1.^a Vocal; 2.^a, consonante; 3.^a, ídem; 4.^a, pronombre. *Todo.* — Punto de estudio.
- 1.^a Consonante; 2.^a, negación; 3.^a, vocal. *Todo.* — Embarcación.
- 1.^a Vocal; 2.^a, consonante; 3.^a, nota. *Todo.* — Nombre de mujer.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS. — Tarifa, León.

TÉRCIO SILÁBICO. — MAN-ZA-NA
ZA-PA-TA
NA-TA-LIA

VOCAL INCOGNITA COMBINADA. — MARTA
ARAÑA
DAMAS
ALAVA
GABAN
AMBAR
SAGAZ
CASTA
AZADA
RAPAZ

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Bajonazo.

Constará el **NÚMERO EXTRAORDINARIO** de cuarenta páginas, y llevará cuatro de cubierta, además, tiradas por el procedimiento de la tricromía.

Precio: cincuenta céntimos para los compradores y cuarenta para los correspondientes.

Rogamos á estos últimos que se apresuren á señalar el pedido de aumento que deseen, para que normalicemos con la debida anticipación el tiraje, pues estamos seguros de que el **NÚMERO EXTRAORDINARIO** se venderá como pan bendito.

Correspondencia

S. M. I. — No veo manera de complacerle. Tendría que ponerse usted de acuerdo con los astros para que emprendieran otra ruta, ó con el númen que le inspira, á fin de que no le metiera en *honduras* astronómicas.

A. G. V. — Usted no cree que yo tenga aptitudes para rechazar sus inspiraciones, y yo no creo que usted sea poeta: conquese estemos en paz.

Rusof. — Lo publicaré más adelante.

P. P. T. — Allá va un fragmento:

«Dime por Dios, vida mía,
si sabes tú qué es amar,
que te lo quiero enseñar
con verdadera porfía.»

Bueno, pero no se lo enseñe usted en verso; dígaselo á la pata la llana. Al amor no le gustan los ripios.

El demonio. — No quiero tratos con el infierno. Hágotela señal de la cruz.

S. Lanzas — Para el extraordinario, nó; lleva un texto escogido, y usted comprenderá...

P. de la M. — Empieza usted así el cuento:

«Salió de la casa, pero no pudo salir...»

Para la jaca. Si estaba ya fuera ¿cómo no pudo salir? y si no pudo salir ¿cómo diablos salió? A mí no me la da usted. Eso es cosa de brujería. Sigue:

«... no pudo salir porque se encontró con que la casa no tenía puertas.»

Ah, vamos, eso ya es más verosímil. No haga usted caso de los que no entiendan cómo se las compuso ese señor para entrar en una casa sin puertas, porque supongo que entraría antes de salir y de no poder salir. Usted hará fortuna, amigo mío.

T. A. — ¿Que le diga con franqueza lo que me parece? Sea; pues me parece que estaría usted mejor bordando ó haciendo calceta, que haciendo versos. No porque sea usted mujer, sinó porque, francamente, escribe usted muy mal. Y usted perdone, señora.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ **PARIS**

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.



LA SAETA



20 cénts.

M.E.C.D. 2016

Núm. 475

OFFICE OF THE
ATTORNEY GENERAL
STATE OF TEXAS

